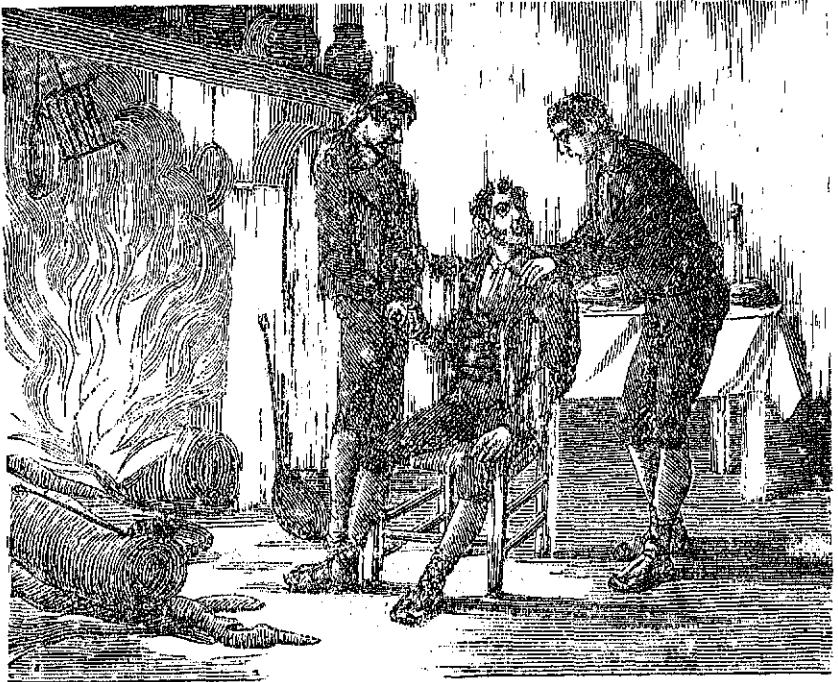


(CUATRO PLIEGOS)



LOS
JUANILLONES



MADRID

Despacho, calle de Miguel Servet, 13.—Teléfono 654

AGENCIA SVERIC
MADRID
CALLE DE MIGUEL SERVET, 13
TEL. 654

11.3.1777



LOS JUANILLONES



I

Era la noche del 20 de Noviembre de 1790.

De una estrecha calleja del pueblo de Ollas, perteneciente á la provincia de Toledo, salieron tres hombres de una humilde casa, tomando antes de salir varias precauciones, entre otras, las de montar las escopetas, que llevaban afianzadas por la garganta y el cañón.

Aquel callejón comunicaba al campo; y los tres individuos, dejando á la derecha el camino vecinal, se abrieron en ala, como si temieran un ataque imprevisto; y campo a través tomaron la dirección de los ya célebres montes de Toledo.

Sin duda cada uno iba entregado á profundos pensamientos, porque no obstante las largas horas que transcurrieron, ninguno dirigió la palabra al que caminaba más cercano.

Empezaremos por presentarlos á nuestros lectores, diciendo que los tres eran hermanos, y los tres; por una fatal coincidencia, se habían lanzado al camino. Eran hijos de un honrado trabajador, de oficio carbonero, como casi todos los vecinos de su pueblo natal, enclávada en lo más áspero de los montes de Toledo, y á esta ruda profesión dedicó á sus hijos, no encontrando otra mejor á que dedicarlos.

Algunos años después de trabajar juntos padre é hijos, enfermó el primero gravemente; y comprendiendo el anciano que se aproximaba su fin, llamó á Juan, su hijo mayor; y ya cerca del mezquino lecho que ocupaba, le cogió de las

manos, lo atrajo á sí, y con lágrimas en los ojos y acento suplicante le recomendó que velara por sus hermanos, que no tenían otro apoyo en el mundo, sin cuya solemne promesa no moriría tranquilo.

Juan, enternecido, asomándole las lágrimas á los ojos, prometió al moribundo ocuparía su lugar para con sus hermanos, á los que no les faltaría el pan mientras pudiera manejar el hacha y se cargase un horno en veinte leguas á la redonda. El anciano respiró, como si se le hubiera quitado un enorme peso que le oprimía el pecho, y entró en una agonia tan breve como tranquila.

Muerto el anciano después de una larga viudez, Juan se vió negro para dar sepultura á su padre, dada la miseria que reinaba en la humilde choza que servía de albergue á la familia, situada en las afueras del pueblo, cerca de una torrentera.

Juan cumplió como bueno la promesa hecha á su padre, y trabajó como un negro día y noche, ayudado por sus hermanos, durante diez años, hasta que cumplieron veinticinco y veintisiete respectivamente.

Pero aquella vida tranquila y resignada de los tres carboneros se interrumpió de pronto á causa de la escasez de trabajo, quedándose parados los dos menores; y si el mayor siguió cargando un horno para confeccionar el carbón, fué debido á sus fuerzas hercúleas y al estar reputado del primer leñador de la provincia.

Un mes después le tocaba á Juan la misma suerte que á sus hermanos, puesto que la paralización del trabajo fué general; y no encontrando otra cosa á que dedicarse, se echó mano de las pequeñas economías, que pronto se consumieron, y la miseria empezó á extender sus negras alas por aquel chozo, que había cobijado tres generaciones de honradísimos trabajadores.

Dos días fueron pasados sin que aquellos tres hombres pudieran mitigar el hambre devoradora que los consumía, ni con un mal pedazo de pan, sin embargo de las humillaciones sufridas por Juan, que acudió en demanda de auxilio á los pocos que podían prestársele en el pueblo, los que más

ó menos rudamente se lo negaron; y si prescindió de hacerlo á sus amigos y compañeros, fué porque se encontraban en la misma situación.

Regresó Juan desesperado á la choza cerca de anochecer, y sintió un leve quejido, que partía de uno de los extremos del chozo; y acercándose á tientas, puesto que hasta tres días que no se había encendido luz ni lumbre, reconoció por el tacto á su hermano Francisco, el menor de los tres, al que había atacado la calentura que proporciona el hambre, acompañada de un terrible delirio.

Se alzó enérgico y terrible; y aproximándose á la chimenea, tomó la escopeta de su padre, que estaba colgada de una clavija de madera, salió, y sin informarse de su hermano Tomás, al que no había visto durante el día, desapareció por la torrentera con la rapidez del relámpago.

Algunos segundos después ascendía por el mismo sitio un hombre cargado con un voluminoso haz de leña; su paso tardo y su respiración fatigosa revelaban el cansancio, pues apenas sus escasas fuerzas le permitían acabar de ascender la penosa pendiente. Llegó como Dios quiso á la puerta de la choza, arrojó al suelo la leña, y sentándose encima, aspiró con delicia el aire frío del monte, al mismo tiempo que con un mal pañuelo de algodón se limpiaba el copioso sudor que corría por su semblante.

Repuesto algún tanto, se introdujo en la choza, arrastrando tras sí la leña; llegó á la chimenea, en la que puso primero un puñado de hojas secas, y después de encender yesca, y con ésta una pajueta, la acercó al combustible que, reforzado por la leña, produjo una alegre fogarata que iluminó fuertemente la estancia.

Apenas terminada esta faena, buscó con la vista á su hermano Francisco, que permanecía acurrucado en un rincón, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pálido, demacrado y delirante, cuyo estado le hizo estremecerse de dolor, por el inmenso cariño que le profesaba; sin perder tiempo extendió una mala cabecera de esparto delante de la chimenea; y tomándole en brazos, sacando fuerzas de flaqueza, lo acostó al amor de la lumbre; y después de taparlo con una media

manta, se sentó á su lado, esperando que el confortable calor que se extendía por la estancia le reanimara algún tanto.

Dos horas había durado la ausencia de Juan, cuando penetró como una tromba en la cabaña, cargado como una acémila de comestibles; y mientras depositaba sobre una mesa de pino cuanto traía, dió orden á su hermano Tomás de que por el aire hiciese unas sopas de ajo con huevos, y después una buena fritada de magras de jamón con lomo, añadiendo:

—Pero antes es necesario que bebas esto, para que te vayas reanimando.

Y le presentó medio vaso de vino del añejo y riquísimo de Valdepeñas, del que tenía una repleta bota en la mano.

—¿Y tú, Juan, no bebes?— le objetó su hermano, sin acercarse el vaso á la boca.

—Yo ya he bebido por el camino; conque así, despacha, que tenemos que atender preferentemente á nuestro hermano Francisco.

—¡Tú! imposible; eres incapaz de hacer lo que acabas de decir; te conozco demasiado; sé que mientras tus hermanos no satisfagan sus necesidades, tú no probarías ni agua, aunque te costara la vida.

—Obedece, y no digas tonterías; no quiero recordarte que soy tu hermano mayor y que ocupo el lugar de nuestro difunto padre.

Tomás apuró de un trago el contenido del vaso, que devolvió á Juan con los ojos arrasados de lágrimas, y se puso á condimentar la cena con toda la rapidez posible.

Entretanto Juan templaba vino en el vaso; y cuando le hubo quitado el frío, se acercó á Francisco, y pasándole el brazo por el cuello, lo incorporó un poco; y con la cariñosa solicitud de una madre hizo que bebiera á pequeños sorbos el líquido de Valdepeñas que por el pronto creyó suficiente.

La reacción se operaba gradualmente en aquel cuerpo debilitado por el hambre; y mediante otros dos traguitos, cuando la cena, almuerzo y comida de tantos días estuvo dispuesta, también Francisco se hallaba en disposición de hacerle los honores.

No hay para qué decir el apetito, mejor dicho, el hambre que sólo la vista de los manjares había despertado en el estómago de los tres hermanos; sólo diremos que Juan, con la fuerza moral que tenía, y obedeciendo á la prudencia, dió por terminada la cena con una taza de café para facilitar la digestión, prometiéndoles que al amanecer, si se habían despertado, almorzarían, hasta dejárselo de sobra.

Retirada la mesa, y sentados delante de la chimenea, dijo Juan, para evitar preguntas que necesariamente debían hacerle sus hermanos, repuestos del mal estado en que los había puesto tan prolongadísimo ayuno:

—Has estado muy oportuno, Tomás, trayendo esta gran cantidad de leña: primero, porque nos ha evitado una larga prolongación de la cena, y, segundo, porque hace un frío horroroso, tanto, que cuando yo llegué, empezaba á nevar con la furia con que lo hace siempre en los montes de nuestra bendita tierra; pero, hablando francamente, ¡no te creía capaz de conducir tan enorme peso, dada la penosa situación en que nos encontrábamos!

—Pues te diré con toda sinceridad que si la subida de la torrentera se prolonga cinco minutos, ruedo con mi carga hasta el fondo, y no sé en qué hubieran parado esas misas, como dice el alcalde, que tiene siempre en la boca ese estribillo.

—¿Acaso has venido tú por la torrentera?—preguntó Juan precipitadamente.

—¿Te extraña que venga por ese sitio, cuando la he cortado del monte de D. Celestino?

—¡Pero tú tienes el demonio en el cuerpo! ¿Y si te hubiera atrapado alguno de los guardas?

—¡Para reflexiones estaba yo entonces! Necesitaba leña para reanimar á Francisco, que estaba aterido de frío, y me meto por ella en la propiedad del corregidor, que es cuanto hay que decir.

—Mira por dónde, inocentemente, podía haberte proporcionado un mal rato; y mientras más quiero analizar lo que me ha sucedido, menos me lo explico. Veamos: ¿por qué no he de ser yo tan fuerte como vosotros?

Juan, que se había quedado absorto y entregado á una

meditación profunda, sin darse cuenta de sus acciones, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una riquísima petaca de plata con filetes de oro, y de ella un cigarro; y después de encenderle, se lo puso en la boca maquinalmente:

Tomás y Francisco se miraron, sin explicarse cómo aquella alhaja había venido á poder de su hermano.

De pronto se levantó Francisco del asiento que ocupaba; y acercándose á Juan con lentitud, y poniéndole las dos manos encima del hombro derecho, le dijo con acento conmovido que sonaba á lágrimas:

—¡Juan de mi alma, te has perdido por salvarme de una muerte segura! ¡Miserable de mí, que no valgo el sacrificio que has hecho!

—¿Eh, qué estás tú ahí diciendo?—exclamó Juan volviendo de su abstracción.

—Lo cierto: sería inútil que lo negases; tú, sin querer, te has delatado; y por lo que atormentas en estos momentos tu imaginación, es buscando la manera de separarte de nosotros sin que podamos adivinar la verdadera causa de tu huida; pero eso no sucederá, porque yo no quiero, y al no quererlo yo, tampoco lo quiere Tomás: juntos hemos vivido siempre; juntos hemos pasado las penalidades de un rudo trabajo; juntos hemos combatido cuerpo á cuerpo con la miseria, hasta que nos ha vencido; te seguiremos donde quiera que vayas; arrostraremos unidos el peligro, y juntos moriremos si así lo tiene Dios decretado.

—Y no quito ni una coma de lo dicho por Francisco—añadió Tomás,—y como prueba de nuestra irrevocable decisión, lo juramos por las cenizas de nuestros padres.

Y ambos hermanos extendieron solemnemente el brazo derecho, poniéndolos en forma de cruz.

Juan, pálido, convulso y contrariado de lo que sucedía, exclamó, casi delirante, confesando con sus palabras el aserto de sus hermanos:

—¿Y cómo queréis que yo acepte el sacrificio de dos inocentes, cuyo pensamiento no se ha empañado siquiera con la sola idea de cometer la más pequeña falta?

—Como nosotros hemos aceptado el tuyo de esta noche— dijo Tomás;—y no se hable más de esto, porque ya no tiene remedio; al amanecer saldremos de esta choza, llena hasta ahora de una honradez inmaculada, donde será muy posible que no volvamos nunca.

II

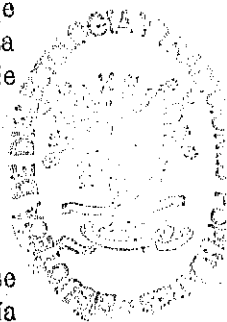
Algún tiempo después, el nombre de los Juanillones se pronunciaba con terror en toda la Mancha, y su fama había llegado á todas las provincias de España.

Pero se les perseguía de una manera encarnizada por las tropas, alguaciles, y sobre todo por los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que no se daban punto de reposo.

Una enérgica orden, emanada de la superioridad de Madrid, había puesto en continuo movimiento á la ronda de cuadrilleros de la Santa Hermandad de Toledo, compuesta de doce hombres con un alcalde á la cabeza, cada uno de los que iban armados de un enorme fusil de chispas que metía miedo, dos largas pistolas con honores de pedreñales y una espada de gavilanes que ni la del célebre Roldán.

Todos eran grandes y fuertes, y tenían caras de no temerle ni al mismo demonio: todos llevaban su canuto de hoja de lata, que contenía su real cédula de cuadrillero de la Santa Hermandad de Toledo y de ministro de justicia, todo junto. Todos ellos llevaban sujeta á la cintura una cuerda enrollada y ensebada, cuyo oficio era servir de dogal, y unas esposas para prender. Los cuadrilleros de la Santa Hermandad de Toledo era una beneficisima institución, creada por los Reyes Católicos, muy semejante en la calidad de sus servicios á la guardia civil, pero con mucha más jurisdicción y mucha más autoridad que ella.

El jefe principal, el Alcalde mayor de la Santa Hermandad de cuadrilleros de Toledo, que se extendía á toda España, era el rey; después, en cada reino había otro alcalde mayor, que era siempre uno de los señores más altos y más calificados por su nobleza y sus títulos; después un teniente al-



calde mayor; por último, y como jefes de las subdivisiones por concejos y parroquias, los alcaldes y tenientes alcaldes, los síndicos y los cabos.

Estos cuadrilleros eran todos los vecinos honrados de España que vivían en despoblado ó en los pequeños pueblos, y los que en las ciudades querían, con tal de que fuese gente cristiana, de buenas costumbres, valiente y en buena edad. No tenían sueldo, pero sí privilegios: los cuadrilleros estaban libres de la carga de aposento ó alojamiento y de ciertos pechos, cargas y alcabalas; tenían además jurisdicción de justicia, ni más ni menos que si cada uno de ellos hubiera sido regidor ó alcalde, y estaban autorizados para ahorcar á los malhechores allí donde los cogiesen, si creían bastante su delito, la responsabilidad de cuya ejecución cubriase con un proceso verbal, ó para aplicarles penas de palos ú otras inferiores donde eran encontrados; de manera que era raro el malhechor que no ahorcaban ó arcabuceaban si no encontraban árbol á mano; y mucho más raro el que entregasen un criminal vivo á la justicia sin que éste llevase el cuerpo caliente y fuese ya medio descoyuntado y exánime.

A pesar de esto, y de que el servicio de los cuadrilleros de la Santa Hermandad era enérgico y eficacísimo, como que convenia á los habitantes de los campos tenerlos seguros, los bandidos hervían por todas partes, ni más ni menos que hierven ahora en Andalucía, á pesar de los excelentes servicios de la guardia civil, institución que tiene mucho de la antigua Santa Hermandad por la igualdad del empleo, y que, como hacía constantemente aquélla, suele á veces entregar á los malhechores no presos, sino muertos.

La Santa Hermandad, á nuestro juicio, debería resucitar, si no con todos sus privilegios, al menos con mucha más jurisdicción, ó, por mejor decir, con mucha más autorización que la guardia civil. Esto sería hoy de todo punto eficaz y más barato; sería una fuerza armada dependiente de los Ayuntamientos, y mucho más eficaz que la guardia civil, porque nadie como los naturales conocen su terreno y la mala gente de su jurisdicción. La razón de la existencia del bandidaje en España es que esas localidades están desarma-

das á merced de los bandidos, y se les protege de miedo, en vez de perseguirseles.

Los cuadrilleros, pues, hacían una cruda guerra á los Juanillones, primero por costumbre, y segundo porque más de una vez los habían puesto en respeto, causándoles numerosas bajas.

Los tres hermanos, con valor temerario y una audacia infinita, atacaban á los caminantes, se metían en los pueblos, obligándoles á pagar tributo además de exigirles cuanto les era necesario; en más de una ocasión, aunque la ronda de los cuadrilleros estaba cercana al punto donde cometían el robo, no se retiraban sin haber terminado de desvalijar á los acometidos.

De esto había resultado un odio á muerte entre los bandidos y los cuadrilleros, odio que no terminaría, siendo el poder más fuerte el de la autoridad, sino con la completa extinción de los bandidos.

Los Juanillones, que sabían demasiado á qué atenerse, no daban un paso sin tomar antes toda clase de precauciones; y aunque no tuvieran nada que temer, como la noche en que los hemos presentado, marchaban desplegados en guerrilla para evitar una sorpresa, y con las armas preparadas para responder á cualquiera agresión.

Más de dos horas caminaron por los montes, silenciosos y á paso largo, hasta que divisaron un cabañón, situado en una inmensa altura, y antes de llegar se aventuraron por breñales, peñascales y derrumbaderos, imposibles de forzar á otras personas menos arrojadas que los Juanillones.

El mayor de los tres soltó un poderoso silbido, que sin duda era una señal convenida, puesto que por una de las ventanas apareció una luz que aparecía y desaparecía tres veces con intervalo de un minuto, quedando después fija en la ventana.

Los tres hermanos, que se habían detenido un momento, se pusieron en marcha, llegando á la puerta bien pasado un cuarto de hora.

En lo más espeso de los montes, y sobre un enorme y escarpado peñón, tajado por todas partes, y sin más acceso



que un áspero y tortuoso sendero, ó más bien escalera, tallada en la roca, se extendía un huerto, en medio del cual se alzaba un extenso cabañón que tenía dos entradas: la principal y una falsa por el lado opuesto.

Alrededor no había más que montes, barrancos y cortaduras: si la eminencia de los montes que le rodeaban no hubiera hecho aquel lugar sombrío, se le hubiera podido llamar un paraíso; pero todo, á pesar del verdor lozano de los árboles y las plantas, no obstante lo avanzado de la estación, era allí silvestre.

Se oía el graznido de las aves de rapiña en lo alto de las peñas y el mugido de un riachuelo, que se despeñaba como un torrente por las quebraduras; se unía solemne, triste y monótono el viento, que zumbaba perpetuamente en las alturas.

Cuando los bandoleros llegaron á lo alto del sendero ó escalera por donde se llegaba á la cumbre del peñón, los detuvo una ancha cortadura, una especie de foso abierto en la roca.

No podía salvarse esta cortadura sino bajando á su fondo y escalando el otro lado; un niño, tirando desde arriba piedras y á cubierto, sin poder ser herido, hubiera bastado para rechazar un asalto.

Al lado opuesto había un rudo puente levadizo, compuesto de tres tablones, que daba paso á una pequeña explanada que precedía á la entrada del cabañón.

Francisco, el más pequeño de los tres, imitó el canto del gallo, é inmediatamente el huertano arrió las gruesas cuerdas de cáñamo que servían para izarlo, y descendió el puente para que pasasen.

—¡Buenas noches, tío Cerezol!—dijeron los tres á un tiempo;—¿por lo visto, por aquí no ha ocurrido novedad?—añadió Juan.

—¿Y quién quiere Ud. que se meta en la boca del lobo para morir como un cordero? Ninguno de los que se han atrevido á subir hasta el foso ha podido contarlo: ¡conque ayúdeme Ud. á sentir, mi amo! La vida es lo único que tenemos, y nadie quiere perderla.

Penetraron todos, cerrando la puerta, porque el frío se dejaba sentir demasiado en aquellas alturas, y precedidos del tío Cerezo hicieron su irrupción en la cocina.

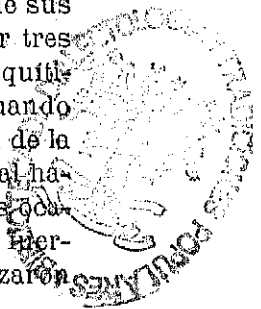
Allí se respiraba una temperatura deliciosa, producida por media encina que ardía en la chimenea; y pendiente sobre la llama por una cadena de hierro, hervía la caldereta, que exhalaba un apetitoso aroma; cerca de la chimenea estaba puesta la mesa, con tres cubiertos, pan, frutas secas y encurtidos, esperando la llegada de los dueños de la casa.

Los tres hermanos vestían como los cazadores de monte: chaqueta larga, chupa y calzones de estezao, faja negra de lana, botines cordobeses hasta la rodilla, á nivel del calzón; calcetas de lana y alpargatas; llevaban en la cabeza castoreños, de color oscuro, con el ala bastante ancha, sin duda para resguardo de la lluvia; canana corrida á la cintura, y sujetos á ésta un largo y ancho cuchillo de monte y cuatro pistoletas; las escopetas eran viejas, cuyas cajas habían sido remendadas varias veces, pero que ninguno la hubiera cambiado por el mejor fusil conocido en aquella época.

Juan, por quien fué apodada la familia con el de *Los Juanillones* por los del pueblo á causa de su estatura de cinco pies y medio, la robustez del cuerpo y el desarrollo de sus espaldas y lo inmenso de su pecho, había pasado por tres distintas fases: cuando pequeño, se criaba endeble y raquítico, y los del lugar le llamaban Juanito; más tarde, cuando espigaba demasiado, y de puro seco parecía el espíritu de la golosina, entonces le llamaron Juanillo, y, por último, al hacerse hombre, engruesó por igual, haciendo en cuantas ocasiones se presentaban, prodigios de agilidad y de unas fuerzas de toro, ascendió á Juanillón, cuyo nombre pluralizaron al venir al mundo sus hermanos.

Juan, como íbamos diciendo, se sentó á la mesa, en unión de Tomás y Francisco, y en poco tiempo dieron cuenta de la caldereta y á continuaci6n de una perdiz escabechada por barba, servidos con gran esmero por el hortelano tío Cerezo.

Diego Martínez, por mote el tío Cerezo, era un indio bravo de la sierra, pasado ya de los cincuenta años, pero fuerte como un roble, y cuya fidelidad no tenía límites siempre que



se tratara de sus amos, á los que no hubiera vendido por todo el dinero del mundo, y eso que era bastante aficionado al dinero.

Terminada la cena, se tendió en una cabecera, cerca de la chimenea; se arropó perfectamente con una manta, y á poco roncaba como un bienaventurado.

—Ahora que estamos tranquilos y encastillados en nuestra fortaleza, hablemos de las proposiciones hechas por D. Celestino, al que debemos contestar mañana definitivamente, puesto que mañana termina el plazo que le pedimos para reflexionarlo hace quince días.

—Mira, Juan—dijo Francisco,—aunque no soy ambicioso; me duele el que entreguemos la mitad por mitad de lo que nos busquemós en los caminos y los pueblos con la exposición constante de nuestras vidas, á cambio, según afirma, de la protección decidida de un altísimo personaje, que influirá sobre las autoridades para que no se nos persiga, haciendo que los cuadrilleros y tropa se encuentren siempre á una gran distancia del sitio en que tengamos que desvalijar á las personas que se pongan en camino, cuyo aviso se nos comunicará oportunamente por medio de ese pajarraco de D. Celestino.

—Desde luego aceptaría yo sus proposiciones—dijo Tomás,—siempre y cuando nos presentara ese personaje; y después de informarnos de que era cierta su personalidad, hacerle que firmara con nosotros las bases de la asociación, extendiéndose por duplicado y canjeando los documentos, para que no pudiera, cuando se encontrara repleto, hacernos traición.

—Además—añadió Francisco,—hasta ahora hemos vivido independientes, imponiéndonos con nuestras propias fuerzas sobre la Mancha entera, que nos tiene más miedo que á un dolor, y es necesario reflexionar que si nos asociamos, tenemos que obedecer las órdenes de *ese mochuelo* que, siendo tan ladrón como nosotros, pretende quedarse en la sombra, y todos sabemos lo dulce que es mandar y lo enojoso de la obediencia.

—Por de pronto—dijo Tomás—se convierte en amo y se-

ñor, y nos impone su voluntad; y como además quiere que las cosas se hagan en gordo, pretende que formemos una partida, que nos unamos con lo peor de cada casa, y nuestro carácter no se aviene mucho que digamos á ese compañerismo repugnante: esto, salva siempre tu opinión.

—Hablemos con toda claridad—dijo Juan, que había estado atento escuchando á sus hermanos:—nosotros estamos cada día más acosados por cuadrilleros, tropas, alguaciles y demás gentes de justicia; y si bien hasta ahora hemos sido vencedores, escapando ilesos de las garras de tanto gavilán, no dejo de conocer que nuestro campo de operaciones se va estrechando, y que se aproxima el momento de que no podamos sacar un pie fuera de los montes. ¿Es cierto lo que acabo de deciros?

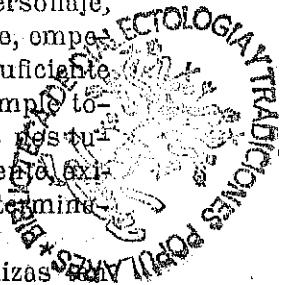
—No podemos negarlo—dijeron á un tiempo los dos hermanos.

—Pues bien—continuó Juan;—puesto que se nos necesita para reponer sin duda la fortuna de un arruinado personaje, veamos la manera de sacar el mejor partido posible, empujando por obligarnos por un solo mes, tiempo suficiente para analizar el pacto que se nos propone; y si cumple todas sus promesas el invisible señor, y á nosotros nos tuviere cuenta, prolongaremos el contrato periódicamente, exigiendo como recompensa de nuestra lealtad, á su terminación, el indulto para los tres.

—Tienes el talento tan claro—dijo Tomás—y analizas bien los puntos más oscuros, que, francamente, no podemos replicar una palabra á tu proposición; y si no sucede un acontecimiento inesperado, ó una traición del poderoso cacique, nos retiraremos del camino cuando estemos redondeados, á fin de no sufrir nuevas desventuras.

—Corriente—dijo Juan;—mañana veremos á D. Celestino y entraremos á discutir las bases del convenio; y puesto que la tregua de no salir al camino concluye mañana, aprovechemos la noche en dormir á pierna suelta, por otras muchas que pasaremos en vela.

Los tres hermanos, después de darse las buenas noches, se dirigieron á distintos aposentos.



III

En la puerta de la cabaña del callejón que ya hemos descrito, del pueblo de Ollas, se encontraba una hermosa joven, ó, mejor dicho, una mujer en toda la extensión de la palabra; si tenía veinticuatro años, era todo lo del mundo. Mediana de cuerpo, y gallarda, con los ojos negros y traviesos, que echaban fuego; muy bien acompañada de carnes, con una mata de pelo que no podía ltrar de ella, y, para terminar, una buena hembra.

Sin duda esperaba á alguien que debía venir por el campo, al que dirigía continuas miradas, y demostraba su impaciencia hiriendo con el pie continuamente el suelo terrizo de la calle, que, como todas las del pueblo, carecía por completo de empedrado.

La noche se venía encima, y con ella concluyó la paciencia de la buena moza, que abandonó con paso ligero la puerta, llegando en breves momentos á la esquina de la calleja para examinar la campiña hasta donde alcanzase su vista, puesto que, como ya hemos dicho, empezaba á oscurecer.

Proviniente de la parte de Toledo venía un hombre montado en una mula, muy arrebujaado, que la hacía bajar al paso la ladera del monte inmediato, próxima al camino de herradura. No obstante lo liado que venía, le reconoció la muchacha.

Corrió hasta meterse en la choza, arrojó en la chimenea un brazado de leña, encendió un candil y después puso delante de la chimenea una silla un tanto desvencijada.

Se fué de nuevo á la puerta, y en aquel momento llegaba á ella el jinete de la mula, que echó pie á tierra; y dándole cariñosamente las buenas noches, se metió en la choza, dejando el ronزال de la bestia en manos de la muchacha.

Salomé, que así se llamaba la buena moza, metió la mula dentro, pasándola por la cocina hasta el corral, donde había un sotechado con pesebrera; y después de desaparecerla, la echó un buen pienso.

Entretanto el de la mula, que era D. Celestino, dando diente con diente se sentó delante de la chimenea, en la silla que ya tenía preparada.

Era un hombre ya viejo, de sesenta y cinco á setenta años, pero avellanado y enjuto, y todavía bastante fuerte; le cubría la cabeza, completamente cana, un gran sombrero de anchas alas. Una especie de anguarina de paño de Segovia, larga y ancha, le cubría el cuerpo; y por debajo de la anguarina se veían sus piernas, cubiertas de botines de paño, muy apretados. Los zapatos eran recios, y en el pie izquierdo llevaba calzada una espuela vaquera.

Cuando se sentó y se abrió la anguarina para calentarse mejor, dejó ver un levitón negro, abrochado hasta el cuello, por encima del cual salía, muy almidonado, muy blanco y muy lieso, un gran cuello de camisa, que casi le tapaba las orejas. Era una de las personas decentes de la provincia, es decir, un caballero en traje de camino.

Su semblante tenía la expresión de la inteligencia y de la astucia; se conocía á la legua que era un hombre de mundo, por no decir que un tunante muy corrido.

Parecía un sujeto dispuesto á todo y que no se asustaba fácilmente. Había en sus pequeños ojos grises algo que los hacía parecerse á los de un ave de rapaña.

Tenían una gran movilidad y eran sumamente penetrantes.

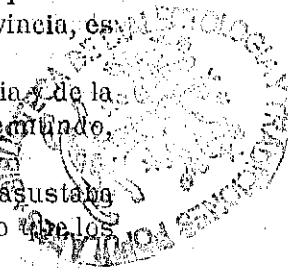
A veces pasaba por ellos, rápidamente, como un destello de ferocidad semejante á la del lobo.

Un hombre experimentado, al verle, hubiera conocido que había necesidad de tener con él muchísimo cuidado.

En el momento que entró en la cocina derramó una rápida mirada, escudriñándolo todo, para cerciorarse de que no había persona extraña á la reducida familia, compuesta de Salomé y su padre, que servía al alcalde del pueblo y que no le dejaba libre hasta las diez, hora en que la autoridad se metía en la cama.

Salomé, que volvía de arreglar la mula, se acercó á la chimenea y dijo á D. Celestino con la sonrisa en los labios:

— Me parece á mí que si vendiera el irio que trae encima, se hacía rico.



—¡Qué quieres, mujer!—contestó D. Celestino, mirándola con tunantería;—tus primos me traen á mal traer con sus indecisiones; ¡y gracias á que esta noche quedaremos de una vez dentro ó fuera, porque, si he de decir la verdad, á mí me va faltando la paciencia!

—Pero no le faltan á Ud. humos para decirme cosas que me ofenden: ni los Juanillones son parientes míos; ni tienen nada que ver con mi familia; y ya sabe Ud. mejor que yo que si han escogido esta casa para avistarse con Ud., que tiene miedo de meterse en el monte, es por la confianza que tiene el tío Cerezo de que mi padre, que es su hermano, es más fiel que el oro é incapaz de cometer una villanía.

—¡Qué hermosa te pones, muchacha, cuando te incomodas! Pero no es para tanto la equivocación; perdona, pues, y seamos buenos amigos; y respecto á que tengo miedo, espero probarte dentro de poco tiempo que no conozco á ese caballero, y tengo el alma tan puesta en su sitio como el que más; y si así no fuera, no andaría yo en estas andancias.

—Esas son ilusiones—dijo Salomé con sonrisa incrédula;—pero como quiera que á mí me tiene sin cuidado su valor ó su cobardía, demuéstreselo á quien le parezca, que por mi parte no lo necesito.

—Nadie sabe lo que le puede pasar en este mundo—dijo sentenciosamente D. Celestino,—y puede que algún día te recuerde lo que acabas de decirme; pero esto á un lado, dime en qué consiste que te dejen tanto tiempo sola.

—En que á mí no me come nadie, D. Celestino, ni hay quien se me atreva sin que lleve su merecido.

—Ya sé que eres una hembra brava, que por nada se atosiga, y por eso mismo te has enamorado de un hombre que tiene tres cerdas en el corazón, justificando el refrán que dice: *Dios los cria y ellos se juntan*.

—Vamos claros: ¿trata Ud. de confesarme?; porque le advierto que yo no digo nunca más que lo que me conviene, y que, por regla general, no suelo contestar á las inconveniencias.

—Sin que tú hables te delatan los ojos; pero ya que tienes esta noche un humor endiablado, callaremos, y me resig-

no á esperar pacientemente la llegada de los Juanillones.

Hay que advertir que D. Celestino, desde que conoció á Salomé, era, sin saberlo ella, la pasión avasalladora del viejo escribano de Toledo; pero había comprendido, porque la pasión no se sobreponía en él á su grande experiencia, que la conquista del alma de Salomé estaba para él en los términos de lo imposible.

Pretender obtenerla por la violencia, era más imposible aún; la hermosa Salomé tenía el alma fiera, era una leona, como lo había demostrado en varias ocasiones á los que se habían ido para ella de una manera un tanto irreverente.

D. Celestino sabía demasiado, como buen *peje* de mar ancha, que no podía obtener á Salomé sino por la intriga ó por la astucia, enloqueciéndola en una venganza, ayudándola, si era necesario; la intriga bullía en el cerebro de D. Celestino, y sólo faltaba para plantearla que los Juanillones hicieran el contrato, cuyas bases las llevaba extendidas.

Porque el amor del alma, el amor infinito de Salomé era Francisco, el menor de la trinidad de los terribles bandidos.

Sepamos cómo se conocieron los dos jóvenes y cómo empezaron estos amores.

IV

Una noche Francisco fué comisionado por el tío Cerézo para que se avistase con su hermano, que estaba muy necesitado, y le entregase una buena cantidad de sus ahorros, puesto que el mayor de los hermanos pagaba con largueza sus servicios; comisión que aceptó gustoso Francisco, porque sabía demasiado que al hortelano le era imposible abandonar por un momento aquella especie de fortaleza encomendada á su cuidado.

Llegó á la choza, llamó, tomando algunas precauciones, y diciendo de parte de quien iba para que le franqueasen la puerta, lo que no pudo conseguir hasta que manifestó su nombre.

Salomé, que, como todas las mujeres, estaba ávida por co-

nocer á los que tenían á la Mancha en un puño y gozaban del nombre de valientes hasta lo inverosímil, se había fraguado en su imaginación unos bandidos imposibles de describir.

Quando penetró Francisco en la choza, alumbrada fuertemente por la leña de la chimenea y la luz del candil, al fijarse en lo airoso de su cuerpo y en lo simpático de su semblante, exclamó sin poderse contener:

—¡Ay, Virgen del Carmen, pues si es un niño!

Se puso densamente pálida, y pasó por todo su cuerpo un estremecimiento visible.

Se le cargaron los ojos y brotaron fuego; se había sentido herida de improviso y muy hondamente en el alma.

Francisco la miraba también con placer infinito; era muy barbiana, muy fresca y muy apétitosa; aunque á Francisco le gustaban mucho las mujeres guapas, era la primera vez que él se encontraba á solas con una mujer y en circunstancias peligrosas, puesto que estaba ausente el padre de Salomé.

—¡Válgame Dios!—volvió á exclamar la joven.—¿Y quién ha traído hoy á este hombre aquí?

—Mi mala fortuna—dijo Francisco tristemente.

—¿Y por qué la mala fortuna, hombre?—exclamó con un anhelante interés la joven.

—Porque Dios no quiere que yo tenga á nadie á mi lado en este mundo; apenas conocí á mi madre, y ninguna mujer se atreverá á aceptar mi infamia ni mi dinero, manchado de sangre.

—¿De veras? ¿Está Ud. muy affigido?

—Dejemos esa conversación, niña mía, porque no tengo fuerzas para continuarla.

—¿Y por qué la hemos de dejar?—objetó la joven, sin saber lo que decía.—Pero tiene Ud. razón: nos vamos metiendo en unas honduras de las que no saldremos fácilmente.

—Pues por eso mismo debemos terminar la conversación.

—¿Y la termina Ud. con pena?

—Más de lo que yo pudlerá figurarme.

—¿Acaso por la situación excepcional en que Ud. se encuentra?

—Pues eso es; yo no sé si la quiero á Ud. ó si no la quiero;

pero Ud. es la primera mujer que en este mundo me ha gustado, y cuando á mí me gusta una cosa, quiero que no haya sido de nadie.

—¿Y de quién he sido yo?—dijo con una pudorosa altivez la joven, poniéndose encarnada hasta lo blanco de los ojos.

—¡Tomal, de su marido de Ud., puesto que á mí me parece que es Ud. casada.

La joven soltó una sonora y alegre carcajada, una carcajada en que había mucho de contento, de felicidad. Sus ojos volvieron á inflamarse y envolvieron en un nuevo torrente de fuego á Francisco.

—¡Vaya una gracia!—dijo Salomé.—Si lo que le apura es que yo sea casada, no hay nada de eso; yo estoy más blanca y más limpia que la nieve que corona lo alto de la sierra.

—¿De veras, alma mía?—dijo Francisco, tomando la hermosa mano de la joven y apretándola sobre su corazón.

—¡Mire Ud. que ha tomado mi mano!—dijo con la voz breve y penetrante la joven.

—Mano y palabra de novio.

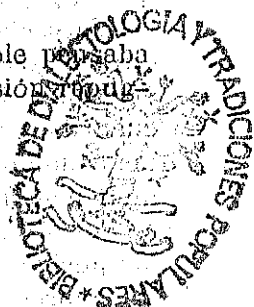
—Bueno, puesto que así lo desea—dijo Salomé, cubierto de rubor el semblante.

De este modo empezaron los amores de los dos jóvenes, que habían llegado á la época en que nos referimos á ser una necesidad del alma, un pensamiento continuo y abrasador que les hacía imposible estar separados por los celos horribles de Salomé, que causaban serios disgustos á Francisco, que la quería con loco frenesí.

De estos celos y de una casualidad favorable pensaba aprovecharse D. Celestino para satisfacer la pasión voraz que se le había metido en el alma.

V

El escribano de Toledo, que, como ya sabemos, esperaba la llegada de los tres hermanos para celebrar el pacto aquella misma noche ó terminar las entrevistas si se negaban á



aceptarlo, guardó silencio á causa de las contestaciones altivas y secas de la muchacha, que le pusieron de un humor más negro que la pez.

Muchos y malos pensamientos cruzaron por la mente del vejstorio sobre la honra de la muchacha; pero se contuvo temeroso de que pudiera llegar su padre, ó, lo que era peor aún, que aparecieran los bandidos cuando menos lo esperaba.

Aunque Salomé conocía, como todas las mujeres conocen la impresión que causan sobre un hombre, estaba muy lejos de pensar los infames propósitos de D. Celestino, ni mucho menos que su honra estuviese seriamente amenazada.

Los Juanillones llegaron á la hora convenida, y á poco el padre de la muchacha, el que, en unión de su hija, se retiró á las habitaciones interiores, dejando en libertad á los cuatro comensales de que terminasen sus negocios sin testigos importunos.

Juan, el mayor de los hermanos, planteó las bases con precisión y claridad; y después de una animada discusión, vinieron á un acuerdo, siendo lo más esencial la impunidad con que se cometerían los robos; que las órdenes serían comunicadas por D. Celestino, que estaría al tanto de cuantos viajeros ricos atravesaran el camino, de las heredades y cortijos que debieran asaltarse, de cuyos despojos tomaría la mitad; y que si se llevaban bien durante el tiempo que tuviesen pactado, el personaje protector les entregaría el indulto en recompensa de su discreción y silencio.

Cuatro días después empezaron los robos, sin que los cuadrilleros ni las tropas molestasen en lo más mínimo á los bandidos, encontrándose unos y otros, siempre que cometían alguna fechoría, á una respetable distancia.

Los clamores de indignación por parte de las ciudades y los pueblos llegaban al cielo; y mientras más gritaban los labradores y las gentes honradas, menos hacían las autoridades, esperando que se cansasen de protestar, como acontece siempre, dado el carácter de los españoles.

Pasaron en esta forma media docena de años, sin que ya

nadie se lamentase del abandono de los caminos, y todo el mundo aceptó la imposición de los Juanillones, como si fuese una carga más, impuesta por el Estado sobre los caminantes y propietarios.

Pero llegó un día en que D. Celestino fué llamado urgentemente á la corte y con reserva de los bandidos por el personaje poderoso; y después de presentarse en su palacio, siendo recibido inmediatamente, se encerraron en el despacho, donde permanecieron muchas horas combinando sin duda algún plan diabólico.

De vuelta D. Celestino á Toledo se avistó con las primeras autoridades, con las que conferenció breves momentos; y así que hubo terminado su comisión, montó en una mula, saliendo de la ciudad y perdiéndose á poco por las escabrosidades de los montes.

De cuando en cuando aparecía en sus labios una sonrisa satánica, y su semblante se iluminaba con un lúbrico pensamiento.

VI

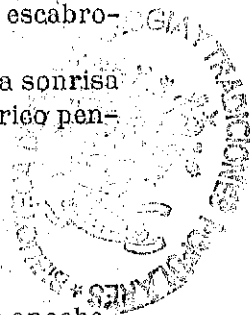
El escribano del crimen de Toledo llegó cerca de anoche+cer á la fortaleza, propiedad de los Juanillones; y luego que fué reconocido por el tío Cerezo y bajado el puente levadizo, penetró en la gran cocina, encontrándose con sus tres asociados, que acababan de llegar del camino.

—¿De dónde bueno, D. Celestino?—preguntó Juan.—¡Ya hace muchos días que no le vemos ni muerto ni vivo por ninguna parte!

—Estoy muy ocupado, amigos míos—dijo D. Celestino;—y si no viniera, como suele decirse, para asuntos del servicio, me quedo en Toledo, en el que me retiene un negocio de tanto interés como difícil de llevarlo á cabo.

—Lo sentimos por Ud.—contestó Juan,—porque le hemos tomado cariño y nos gusta verlo entre nosotros; pero ya que esto es imposible, sepamos de lo que se trata.

—De un negocio de grandes rendimientos, y probablement-



te el último con que cerraremos esta vida de azares y disgustos en que nos vemos metidos contra nuestra voluntad.

—Y que, hablando con franqueza—dijo el mayor de los hermanos,—se prolonga demasiado; y nosotros, que no tenemos grandes aspiraciones, deseamos retirarnos cuanto antes del camino.

—Pues nuestro amigo y protector—dijo D. Celestino con meloso acento,—piensa lo mismo que Uds.; de modo que puede decirse ahora aquello de miel sobre hojuelas.

—Entonces quedamos en que este será el último robo—dijo Francisco—en que tomemos parte; y tan y mientras se verifica, Ud. nos traerá el indulto prometido.

—El *afano* será el último, puedo asegurarlo—añadió el escribano,—y á éste seguirá la real gracia de perdón de su majestad, como consta en el contrato y lo tenemos prometido.

—Convenido, D. Celestino, y sepamos en qué consiste ese último sacrificio que se nos exige.

—Una cosa pequeña—dijo D. Celestino,—si tenemos en consideración muchísimas de las hechas de mayor cuantía: sólo se trata de sorprender un convoy, procedente de Toledo, que marcha á Madrid, compuesto de cuatro coches, y por todo resguardo lleva media docena de cuadrilleros; en el primer vehículo, ocupado por un matrimonio y una hija casadera, que van á afincarse á la corte, llevan en la zaga un baúl que contiene veinte mil ducados en oro y riquísimas alhajas, que son nuestras y deben venir á poder de los asociados; en el segundo un viejo oidor, procedente de América, que viaja con la maleta llena de patacones, adquiridos Dios sabe cómo; en el tercero un riquísimo comerciante, que tampoco va descalzo, y en el último un mayorazgo, que deseamos que no llegue á Madrid con una blanca siquiera.

—Díganos ahora cuándo y cómo podremos dar el golpe—objetó Francisco,—que es lo que le resta que decirnos.

—El plan—dijo D. Celestino—no lo tengo aun bien madurado; pero tú harás el favor de ir mañana por la noche á la casuca de Olías, donde te daré por escrito los detalles del negocio, que comunicarás á tus hermanos.

—No faltaré, pues yo también tengo un interés especial en

ir al pueblo para ultimar un asunto con la que será mi mujer en el momento que me indulten.

—¡Sea enhorabuena, muchacho!; y puesto que nada más tenemos que decirnos, avisa al tío Cerezo de que me avie el caballo, pues la mula está sumamente cansada, y deseo quitarme cuanto antes de los sombríos caminejos de estos montes endiablados en que estáis metidos muy á disgusto mío.

Poco después apareció el tío Cerezo con el caballo de la brida, diciendo:

—Conste, señor D. Celestino, que con éste se lleva los dos que teníamos de su propiedad en las cuadras, porque á mí me gustan las cosas muy formales, no sea que meta el diablo la pata, cosa que me olería á cuerno quemado.

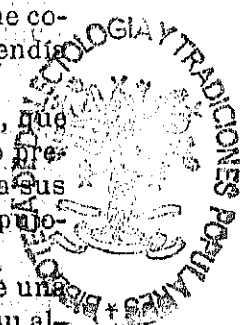
—¿Y quién te dice lo contrario, alcornoque? Este irá á hacerle compañía al que tengo en casa de tu hermano, porque allí están más á la mano siempre que los necesite.

Mientras decía estas palabras D. Celestino, montó á caballo, y, previa una cariñosa despedida, se aventuró por el peligrosísimo camino que conducía al pueblo, no obstante la profunda oscuridad de la noche.

Al día siguiente, cuando se presentó Francisco en la choza del hermano del tío Cerezo á recibir las órdenes de don Celestino acerca de dónde y cómo se había de sorprender al convoy, el escribano, con su hipocresía acostumbrada, le recomendó mucho á la hermosísima joven del primer coche, que debía quedar encomendada á su cuidado en la parte más escabrosa de los montes mientras se verificaba el alijo, tiempo más que suficiente para que cometiera un atropello, como casi siempre sucedía con las pobres mujeres que cogían prisioneras, porque además del acto vandálico, ofendía á la que pronto iba á ser su mujer.

Francisco quiso protestar y sincerarse ante Salomé, que estaba presente; pero D. Celestino no le dejó hablar, so pretexto de la urgencia de las órdenes que le diera para sus hermanos; y acompañándole á la puerta, lo puso á empuñones en medio de la calleja.

Salomé, pálida y sombría, miraba á D. Celestino de una manera terrible: los celos acababan de apoderarse de su al-



ma, y su amor propio ofendido la decidió á tomar venganza del hombre que la había ultrajado con una villanía impropia del amor que ante Dios, y en un momento solemne, la había jurado.

Le suplicó á D. Celestino, con lágrimas en los ojos, le dijese el día, hora y sitio en que debía sorprenderse el convoy, y éste, como si ignorase la decisión de Salomé, después de muchos ruegos, accedió á sus deseos, manifestándole al propio tiempo los peligros de la sierra y la imposibilidad de ir á pie por lo larguísimo de la distancia.

Salomé se quedó sumida en una profunda meditación, y en toda la noche se habló más del asunto.

D. Celestino también echaba sus cálculos y comprendía que era llegado el momento de jugar el todo por el todo, máxime sabiendo que nadie le tomaría cuentas de su infame proceder.

Al amanecer del día en que el convoy sería sorprendido, salió del pueblo D. Celestino; y metiéndose en los montes, dirigióse al sitio denominado el Blanquillo, cuyas señas había dado á Salomé, que también conocía algún tanto el terreno.

El escribano esperó durante largas horas la llegada de la muchacha: ésta no parecía, sin duda se había extraviado durante la tormenta, que había durado toda la mañana; y aunque ya no tronaba, la lluvia seguía cayendo con la pertinacia de los temporales.

Por si acaso la novia de Francisco se le había adelantado, tomando otro camino, se decidió por acercarse al punto de la cita; había un paso de los más difíciles para llegar al Blanquillo, paso que esquivaban siempre los mismos montañeses.

El terreno se levantaba, se escalonaba, y no ofrecía otra cosa que senderos resbaladizos y agrios sobre tajaduras enormes. Se oía por debajo el bramido de la corriente, despeñada de los barrancos, hinchidos y convertidos en torrentes por el aguacero.

Peró los caballos de campo ó de montaña tienen la agilidad y la seguridad de las cabras, y aun algo de lagarto: se tienen y marchan sobre el filo de un precipicio, y trepan por

donde ni aun concebirse puede; tienen también algo de culebra cuando se trata de malezas, de rocas salientes, de pasos estrechos: el jinete se tiende sobre el cuello del animal, y éste se estira, se alarga, y pasa.

Pero así y todo, estos tránsitos durante el temporal, en terrenos escabrosos, tienen peligros inevitables. El caballo de D. Celestino marchaba seguro, como si caminara por los llanos de la Mancha.

Lo que sobrevino no fué cuestión de un mal paso, sino un accidente inesperado, aunque muy natural: al ponerse el caballo sobre un mogote saliente, movido, ya desgajado en parte por temporales anteriores, saltó, se precipitó y arrastró consigo al escribano; espoleado por el pavor hizo un maravilloso esfuerzo, encontrando á poca profundidad un terreno saliente; aguantó el golpe sobre los remos, dió un salto, se lanzó y encontró por casualidad terreno practicable.

—¡Vamos!—murmuró D. Celestino,—aun no ha llegado la hora de que se cumplan mis tratos con el diablo: hay que encender una vela amarilla al santo del día; pero me encuentro solo en lo más áspero de estos malditos montes; pero no importa, yo buscaré á Salomé; por ahora orientémonos en lo posible y me dirigiré hacia el Blanquillo.

En esto el caballo empezó á trepar por un sendero muy agrio, peñascoso; se oía por bajo un bramido salvaje: el de la inmensa corriente de un barranco.

De improviso, D. Celestino oyó á poca distancia, bajo él, una voz apenada, angustiada, de mujer que gritaba:

—¡No hay quien me socorra!

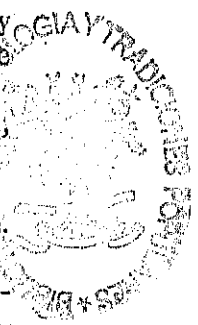
En aquella voz desfallecida se sentía el terror de la muerte.

Era una voz sobrenatural, una voz de agonía.

Y á pesar de lo alterado de aquella voz, de su chillido horrible, D. Celestino conoció por ella á la hermosa Salomé.

Los cabellos se le erizaron de espanto, se le despegó la carne de los huesos y un vértigo insoportable acometió á su cabeza.

Instintivamente, por uno de esos fenómenos inexplicables, en que los sentidos, las fuerzas, el instinto humano se multiplican hasta lo infinito, D. Celestino, que podía decirse



que no reflexionaba, detuvo su caballo, saltó de él, se deslizó, como conducido por una corriente magnética, y no paró hasta dar en el tronco bulboso de una higuera silvestre.

—¡Salomé! ¡Salomé!— gritó de una manera ansiosa.

Inmediatamente le contestó con una voz desesperada, casi junto á él, Salomé:

—¡Yo no puedo más: se me rompen las manos! ¡Por Dios!

D. Celestino, que materialmente no veía, palpó ávidamente.

Encontró un brazo mórbido, frío como el mármol; y por una explosión de fuerza, por un fenómeno nervioso, levantó y trajo hasta sí á la joven.

La puso en la pequeña saliente, en cuyo borde arruigaba la higuera; pero la muchacha era una masa inerte: estaba desmayada.

Un minuto más que hubiera tardado en asirla D. Celestino, y hubiera caído al fondo del precipicio, en la corriente del barranco.

D. Celestino miró en torno suyo; había á poca distancia una recitrante en la roca, en que no se sentía la lluvia, en que se estaba al abrigo del viento, y el escribano arrastró hacia allí á la inerte Salomé.

Luego sacó los avíos de encender, una de aquellas mechas en tubo de plata de que se servían los fumadores; recogió alguna hojarasca de la maleza que crecía en aquel lugar; y habiendo encendido la mecha, la puso entre un puñado de aquella hojarasca y sopló poderosamente, obteniendo al fin una llama.

Con ella puso fuego á un matojo que había inmediato; la parte de maleza que había en aquel lugar fué ganada por el fuego, resultando un calor extraordinario.

D. Celestino, transportado, delirante, se arrojó sobre Salomé y la contempló con una expresión imposible de describir; Salomé estaba pálida como una muerta, pero por la agitación de su seno y lo ronco y ardiente de su respiración, se sentía en su cuerpo desmayado una vida extraordinariamente poderosa.

Fuese el fluido de la mirada de D. Celestino, fuese el calor excesivo de las inmediatas malezas incendiadas, fuese un fe-

nómeno nervioso, Salomé abrió de improviso los ojos, vagos primero, fijos en seguida, vió á D. Celestino, cuya cabeza descompuesta, contraída, convulsionada, estaba á pocos centímetros de la suya, y lanzó un grito ahogado é indefinible.

Había visto el alma entera de D. Celestino en su semblante, como la oveja que ve, transida de espanto, el semblante aterrador del lobo que se apodera de ella.

Salomé sintió un paroxismo inexplicable, como si la hubiera devorado un monstruo, y del exceso del horror volvió á desmayarse.

D. Celestino, después de cometido aquel abuso incalificable, salió del reentrante, ganó la altura y montó á caballo, y se perdió en la montaña.

Vuelta en sí Salomé, aunque quebrantada, incorporóse, y al darse cuenta de lo que le había pasado, se levantó, terrible como una leona, apareció en sus labios una espuma blanca, producida por la ira, sus ojos despidieron rayos de destrucción; y echándose fuera, corrió, fuerte y brava, con el deseo de la venganza, por el mismo sitio que desapareciera D. Celestino.

Corría con una velocidad vertiginosa, sirviéndole de guía las pisadas del caballo al herir con sus cascos las peñas de la montaña, y á poco descubrió la silueta del escribano, que se dibujaba penosamente á través de la lluvia espesa y menuda que seguía cayendo con una persistencia temporal.

Al mismo tiempo percibió las detonaciones de algunos escopetazos, y se le oprimió el corazón, presintiendo una nueva desgracia, tan terrible como la suya, que la obligaba á renunciar á Francisco, que era el amor de su alma.

Mientras Salomé corría desesperada detrás del caballo de D. Celestino, Francisco, el menor de los tres hermanos, observó desde el peñasco que le resguardaba del nutrido fuego que desde el camino hacían los soldados y cuadrilleros que custodiaban el convoy, que por un escarpadísimo sendero aparecía un mendigo, seguido á cierta distancia de dos galafates que tenían trazas de salvajes montañeses.

El mendigo escudriñó con mirada rápida todas las acci-



debería esperarle; y viendo lo infructuoso de sus pesquisas, hizo seña á los dos salvajes para que se detuviesen, y avanzó con paso de reposo hacia el sitio que ocupaba Francisco, si bien tratando de ganarle la espalda.

Los disparos sonaban acá y allá más nutridos y cercanos.

El menor de los Juanillones, no obstante su terrible posición y la de sus hermanos, no perdía un momento de vista al mendigo, comprendiendo que se les venía encima un enemigo más encarnizado y terrible que los que tenía delante.

Lo confió hasta el punto de que se pusiera á tiro; y cuando avanzaba, confiado en lo eficaz de su estratagemá, amparado por la espesura de la maleza y quejigós que cubría la falda de la montaña, se volvió rápidamente Francisco, se llenó el ojo de carne y le soltó un escopetazo que le hizo dar dos vueltas en redondo y caer desplomado en tierra.

Los dos galafates, que se habían quedado á una respetuosa distancia, al notar lo que había sucedido, avanzaron á la carrera; y viendo al mendigo tendido por tierra, á él se arrojaron por ver si estaba muerto ó solamente herido.

Francisco volvió á echarse la escopeta á la cara y despa-
chó definitivamente á aquel de los dos galafates que le pareció más bonito.

El otro greñudo, en vez de huir como parecía natural, ni aun se aterró; y, cosa extraña, tuvo una determinación heroica que admiró al mismo Francisco, y fué que sin vacilar ni meterse á contestar al escopetazo que acababa de matar á su compañero, echándose la escopeta á la espalda se arrojó sobre el mendigo, lo cogió por la cintura, se lo cargó al hombro y se traspapeló, ó, mejor dicho, se trasconejó por los peñascos inmediatos, mientras que Francisco se ocupaba apresuradamente en volver á cargar la escopeta.

Tan rápida había sido la operación con que el greñudo había cargado con el mendigo y perdidose con él entre los breñales.

Francisco no perdió un momento y se lanzó en persecución de aquel hombre.

Pero se había perdido de una manera definitiva.

Siguió, sin embargo, Francisco, guiado por algunas man-

chas de sangre que aparecían sobre un sendero; pero aquel rastro se cortaba, volvía á aparecer otra vez, y al fin Francisco le perdió del todo á la entrada de un desfiladero.

Entonces comprendió lo peligroso que sería para sus hermanos el abandono de su puesto, por donde los cuadrilleros podían subir impunemente.

Volvió á su sitio, y tan á tiempo, que sus primeros disparos infundieron tal pavor á los cuadrilleros, que abandonaron las peñas conquistadas, huyendo hasta la carretera.

Entretanto D. Celestino había tropezado en un vericuerdo con el greñudo que llevaba á cuestas el herido; y frunciendo el ceño y con acento terrible le preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Tu amo ha cometido alguna imprudencia?

—No, señor; pero esos malditos tienen ojos en el cogote, y apenas se acercó al más pequeño de los hermanos para cumplir vuestras órdenes, le entró un escopetazo que será fácil no lo cuente.

—¿Y los soldados?—preguntó el escribano.

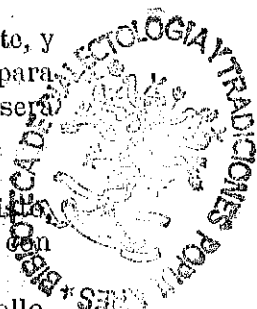
—Esperándole están en la rambleja; y si no anda usted listo, los Juanillones concluyen con los cuadrilleros y aluego con nosotros.

El agente del misterioso personaje espoleó al caballo, poniéndole al trote, y Salomé apretó más en la carrera violenta que llevaba, percibiendo con toda claridad el nutrido fuego que se acentuaba por momentos de un modo espantoso.

A poco percibió á los tres hermanos, que formaban un triángulo, batiéndose desesperadamente con una multitud de cuadrilleros que habían salido de los coches del convoy, y que, desplegados en guerrilla, asaltaban las peñas que resguardaban á los tres hermanos; y aunque cada tiro de éstos ponía á un hombre fuera de combate, parecían multiplicarse según iban cayendo.

Pero lo que la aterró fué la maniobra ejecutada por don Celestino, que apareció de pronto con una veintena de soldados, á los que comunicó la orden de que atacasen á los Juanillones por la espalda hasta que terminasen con ellos.

No era necesario ser un lince para conocer la encerrona



en que habían metido á los tres hermanos por orden del personaje de la corte, que sin duda ya no los necesitaba, con el objeto de que se enterrase con los Juanillones su secreto.

Por más que Salomé gritaba, avisándoles del peligro, ni podían oírla, á causa de la distancia, ni mucho menos por el estampido de las escopetas, las voces y los alaridos de los combatientes.

Cuando Salomé llegaba á la altura que ocupaba D. Celestino, deseoso de presenciar el asesinato de aquellos tres valientes, éstos caían acribillados á balazos por la tropa que los atacó por la retaguardia.

Como quiera que la muchacha permanecía detrás de don Celestino, le oyó claramente pronunciar estas palabras:

—«¡Las órdenes de mi amo se han cumplido, y esto viene á ser una gota de agua que cayó en el mar!»

—¡Y también un torrente de sangre, que ayudará á la lluvia á empapar la tierra que más adelante producirá buena semilla!

Al volverse D. Celestino para ver quién hablaba, Salomé, á quien embelleciera de un modo admirable su desesperación, le hundió por dos veces en el pecho un ancho cuchillo de monte.

El escribano se desplomó para no volverse á levantar:

Salomé se lanzó sobre el cadáver, le abrió el levitón y le extrajo del bolsillo del pecho una abultada cartera, que contenía las órdenes y cartas escritas por el incógnito personaje, cuyos documentos le ponían á nivel del más despreciable criminal.

—¡Juró á Dios—dijo la muchacha—que estos escritos serán conocidos de todo el mundo para asombro de propios y extraños! ¡Ojo por ojo, y diente por diente: la venganza es muy sabrosa!

Y metiéndose la cartera en el seno, desapareció entre los breñales:

FIN

